



(Fotos C. de Miguel.)

Estas fotografías del bellísimo pueblo de Arcos de la Frontera, en la provincia de Cádiz, revelan la perfección a que han llegado unos antepasados nuestros que, sin título profesional, han creado auténticas piezas de excelente, limpia, honrada y graciosa arquitectura.

Pero la vida ahora se ha complicado mucho y este modo de hacer arquitectura ya no tiene validez ni sirve de ejemplo. O, por mejor decir, si se pretende copiar es un malísimo y pernicioso ejemplo.

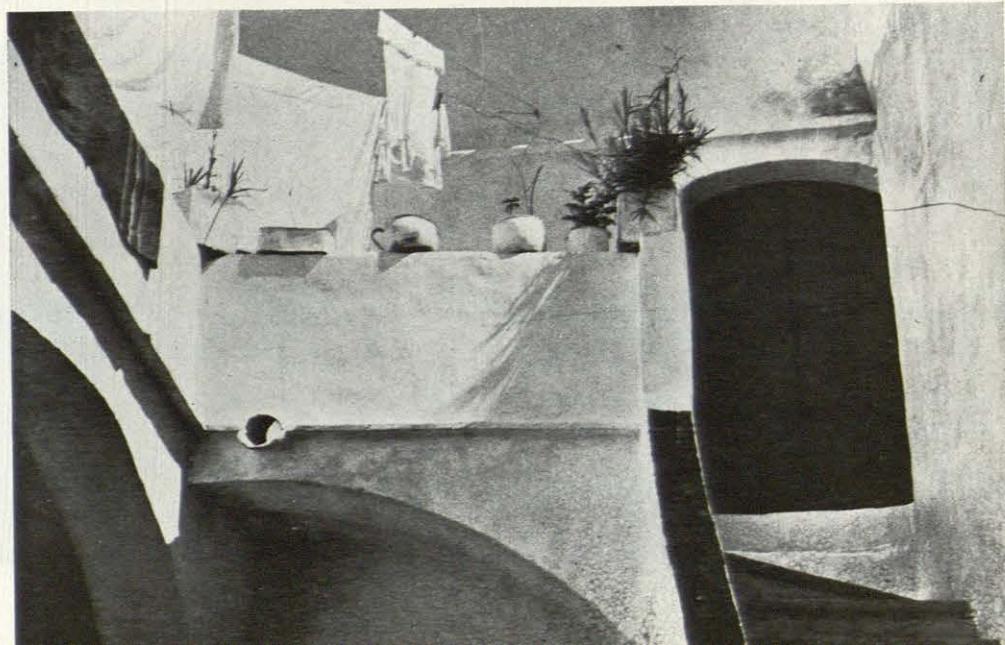
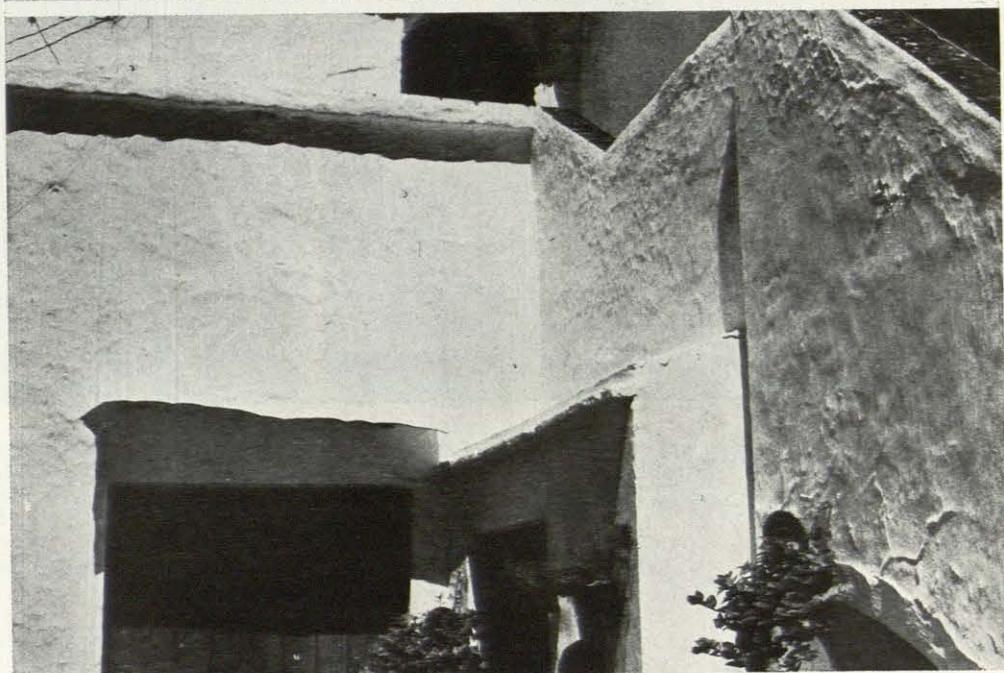
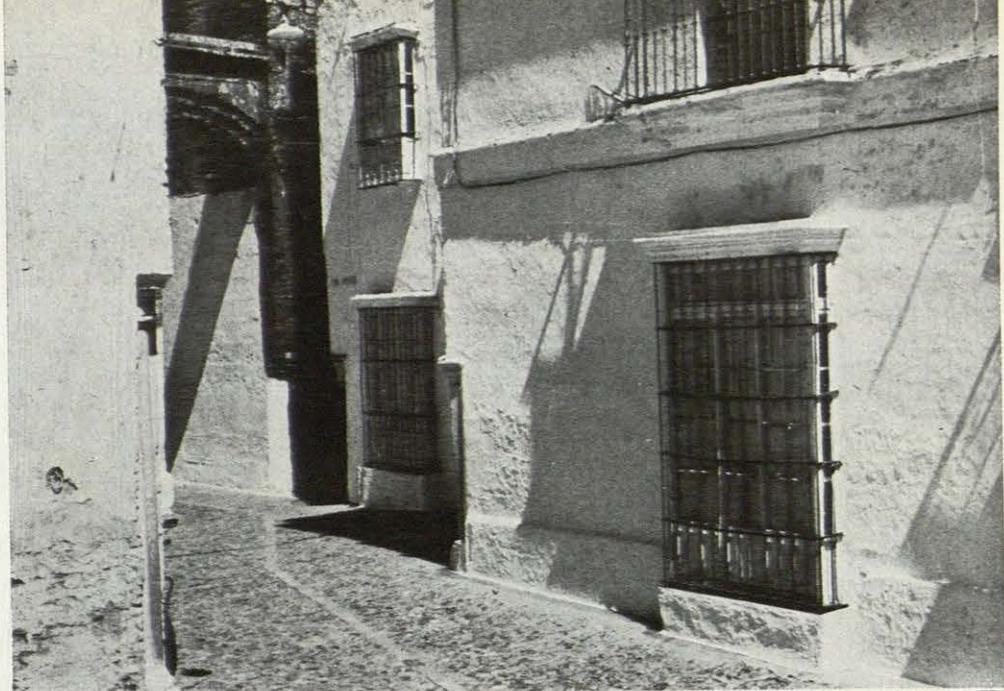
Hace unos días hicimos una visita colectiva a obras de Barcelona y comentando un grupo de viviendas en el que los arquitectos se habían permitido ciertas licencias hubo alguien que las criticó y dijo que consideráramos la arquitectura popular en donde las cosas salían naturalmente graciosas sin tener que recurrir a golpes de efecto.

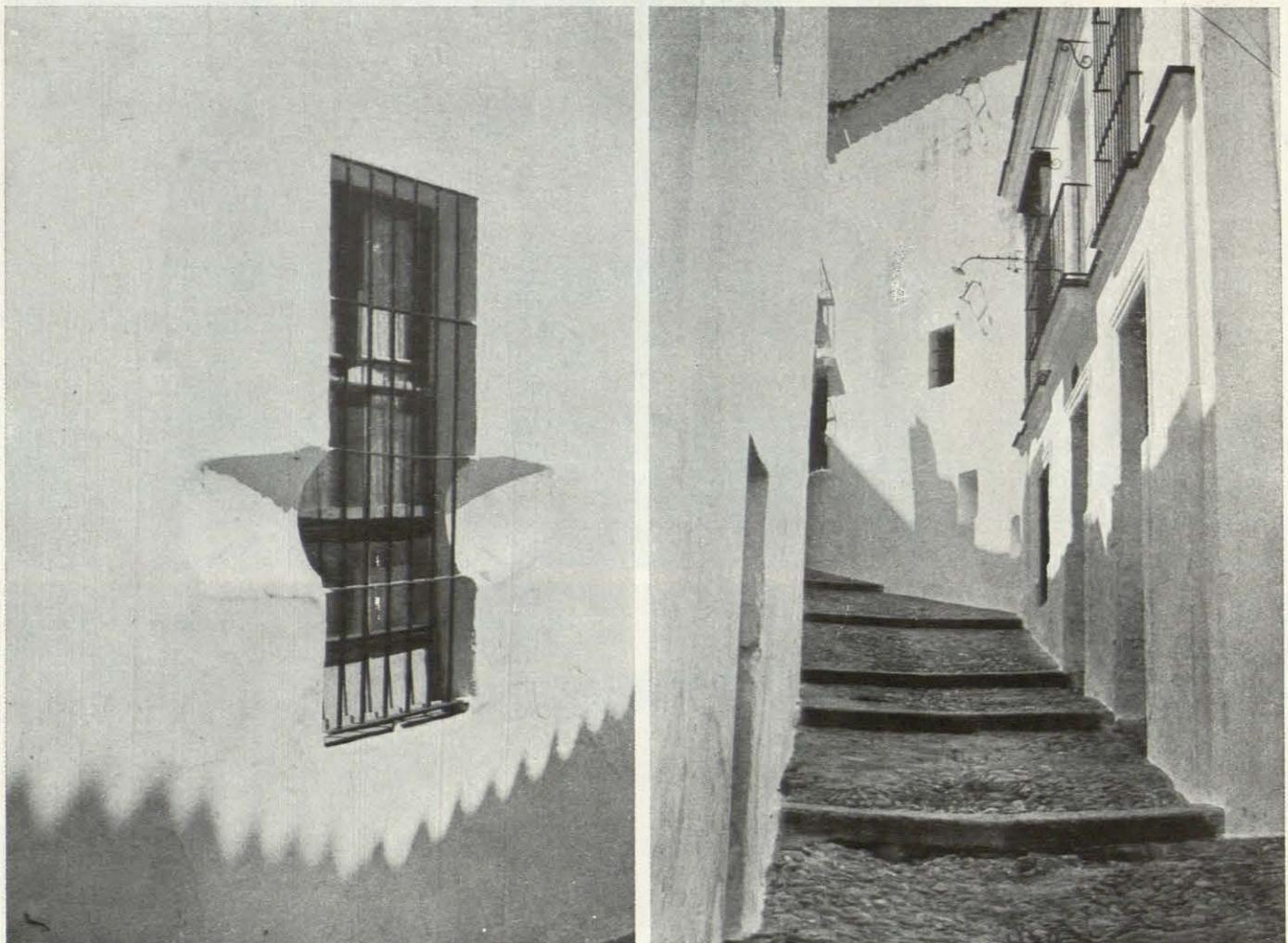
Uno de los autores de la obra en cuestión, excelente arquitecto, le contestó, con fina ironía:

—¡Ah! Mira, como que yo no soy popular, sino un arquitecto cultísimo, si quiero hacer alguna gracia tengo que proponér-melo.

Es muy cierto. Los arquitectos, que pasan por unos cursos y unos estudios universitarios, no tienen la frescura y la ingenuidad de las gentes del pueblo y, de consiguiente, se equivocan muy lamentablemente al intentar copiar las producciones populares, por muy hermosas que sean. Como es el caso de estas casas de Arcos.

Lo que sí puede que ocurra es que se estime que unos arquitectos cultísimos no deben hacer "gracias". Pero esto es ya otro tema.





Arcos de la Frontera. Una ventana con sus "orejas" para que no se escape nada ni nadie a la curiosidad de la inquilina. (Hay que suponer que sean ellas las que estén dominadas por la curiosidad.)
Calle en cuesta. Interior de una vivienda.

